

Eurasianismo y nacionalismo ruso imperialista en Aleksandr Dugin

Eurasianism and imperialist Russian Nationalism in Aleksandr Dugin

RAMÓN MÁIZ

Universidad de Santiago de Compostela

CÓMO CITAR ESTE TRABAJO / HOW TO CITE THIS PAPER

MÁIZ, R. (2023). Eurasianismo y nacionalismo ruso imperialista en Aleksandr Dugin. *Política y Gobernanza. Revista de Investigaciones y Análisis Político*, 7: 5-32. <http://dx.doi.org/10.30827/polygob.i7.30181>

Resumen

En este artículo se analizan los principales componentes de la teoría política del pensador ruso Aleksandr Dugin (1962), muy influyente en los círculos del Kremlin y en las posiciones del propio Putin. En su prolífica obra, una visión tradicionalista, deudora de Evola y Guénon, se articula con elementos de la Revolución Conservadora alemana y la tradición eurasiánista rusa de Gumilev y otros, a lo que se añade un elemento fideísta Cristiano Ortodoxo de los Antiguos Creyentes. Se analizan por este orden: 1) las claves tradicionalistas de su pensamiento; 2) los elementos nacionalsocialistas y las deudas con Carl Schmitt y Martin Heidegger; 3) su reelaboración del paneslavismo y el eurasiánismo clásicos; y 4) un componente militarista omnipresente que se agudizará con motivo de la invasión de Crimea de 2014. El principio articulador de este abigarrado conjunto de elementos de una síntesis ruso blanco-rojo-pardista, que no duda en instrumentalizar argumentos y conceptos del postmodernismo, está constituido por un nacionalismo imperialista Gran Ruso de naturaleza primordialista. Este último promueve un sistema totalitario y antidemocrático en el interior de Rusia mediante la adhesión incondicional al “Nuevo Zar”, a la vez que designa, de la mano de la lógica amigo/enemigo, sus etnias de exclusión (USA, UE), así como de anexión (Ukrania).

Palabras Clave: Nacionalismo, eurasiánismo, tradicionalismo, fascismo, imperialismo, Rusia.

Correspondencia / Correspondence

RAMÓN MÁIZ
Email. ramon.maiz@usc.es

Conflicto de Intereses / Competing interest

El autor de este trabajo declara que no existe conflicto de intereses

Abstract

This article analyzes the main components of the Russian thinker Aleksandr Dugin (1962)' political theory, very influential in Kremlin circles and in Putin's own positions. In his prolific work, a traditionalist vision, indebted to Evola and Guénon, is articulated with elements of the German Conservative Revolution and the Russian Eurasianist tradition of Gumilev and others, to which is added an Orthodox Christian fideist element of the Old Believers. They are analyzed in this order: 1) the traditionalist keys to his thought; 2) the National Socialist elements and the debts to Carl Schmitt and Martin Heidegger; 3) his reworking of classical Pan-Slavism and Eurasianism; and 4) an omnipresent militarist component that will become more acute due to the invasion of Crimea in 2014. The articulating principle of this motley set of elements of a white-red-pardist Russian synthesis, which does not hesitate to instrumentalize arguments and concepts of postmodernism, is constituted by a Great Russian imperialist nationalism of primordialist nature. The latter promotes a totalitarian and undemocratic system within Russia through unconditional adherence to the “New Tsar”, while at the same time designating, with the help of the friend/enemy logic, its ethnic groups of exclusion (USA, EU), as well as annexation (Ukraine).

Keywords: Nationalism, Eurasianism, Traditionalism, Fascism, Imperialism, Russia.

Recibido / Received

12.07.2023

Aceptado / Accepted

26.11.2023

Publicado / Published

27.12.2023

Luis Moreno Fernández (1950-2023)
magister amicus, in memoriam

“¿Dónde está la persona capaz de decirle al alma rusa, en su propia lengua, un todopoderoso ¡Adelante!, ¿quién, concedor de todas las potencialidades y virtudes, de la profundidad de nuestro carácter, pudiera conducirnos, como por ensalmo, hacia una vida superior? ...pero Dios no acaba de dar Rusia el hombre capaz de pronunciarla.”

Nikolai Gógol, *Almas Muertas*, 1842

“Quien renuncia a su Tierra, renuncia a Dios”
Fiodor Dostoievsky, *El Idiota*, 1869

“La identidad rusa siempre ha priorizado la Comunidad:
el clan, el pueblo, la Iglesia, la tradición, la Nación y el poder”
Aleksandr Dugin, *The Great Awakening vs. The Great Reset*, 2021



Uno de los factores explicativos de la invasión Rusia de Ucrania, la genocida brutalidad de los ataques sobre su población civil y el amplio apoyo a la guerra en la opinión pública, reside en la exponencial difusión, desde 1993 y agudizada entre 2014 y 2022, del nacionalismo imperialista ruso en sus varias versiones. A partir de la elección de Putin en el año 2000 pero, sobre todo, desde su discurso de Munich en 2007 (Dugin, 2017: 82 y ss.), este nacionalismo se elabora mediante una insólita articulación discursiva de tres componentes ideológicos fundamentales de lo que podríamos calificar como *blanco-rojo-pardismo*; a saber: 1) extrema derecha neofascista, 2) bolchevismo revisionista nostálgico y 3) nacionalismo zarista ruso blanco, cultivado en el exilio a partir de los años veinte del siglo pasado (Kuzio, 2022: 47; 2023: 33).

Muy tempranamente, desde los años noventa del siglo pasado, pero en especial a partir de 2014, la obra de Aleksandr Dugin desempeñó un papel central si bien no exclusivo: Ivan Ilyn, por ejemplo, es invocado más a menudo por Putin- en este proceso de *nacionalización revanchista de las masas* en la Rusia contemporánea. Si bien no estamos, como se ha dicho, ante “el cerebro de Putin”, se trata una figura intelectual muy influyente en círculos pro- Kremlin, en el

Ejército y grupos de extrema derecha, a través de diversas iniciativas políticas, mediante la puesta al día y radicalización tradicionalista del nacionalismo imperial Gran Ruso (Clover, 2016). De hecho, muchas de las tesis sostenidas por Dugin en los años 90 son asumidas, y llevadas a la práctica, por Putin en 2020. Durante años, proliferaron sus acervas críticas a este último: “occidentalismo”, “traición al eurasianismo”, “vaciedad espiritual e ideológica”, “materialismo capitalista” o, en inverosímil clave gramsciana, “transformismo y cesarismo”, incluso de tolerancia excesiva con la “herencia atlantista de Gorbachov y Yeltsin”. Estas y otras admoniciones, recopiladas en su libro de 2012 *Putin contra Putin*, están generadas por una tesis de fondo: “la concepción de Putin sobre el gobierno es completamente europea y se ajusta totalmente a los principios de un Estado-nación” (Dugin, 2017: 285). Basta con leer los artículos y discursos de Putin de los años 21, 22 y 23 para comprobar la honda huella que el pensamiento de Dugin tiene sobre él. Así, en su artículo de 21 de Julio de 2021, “Sobre la Unidad histórica de Rusos y Ucranianos”, se sostiene que “Rusos, Ucranianos y Bielorrusos son igualmente descendientes de la Antigua Rusia de Kiev, de la misma “histórica Madre Patria”,... vinculados por la lengua, la economía, el papel del Príncipe y la Fe Ortodoxa”. Por esta razón se afirma que Ucrania es históricamente la “Pequeña Rusia” (*Malorossiya*); y Crimea y otras regiones del Mar Negro, de contornos indefinidos, constituyen la “Nueva Rusia” (“*Novorossiya*”). Pero, además, se critica abiertamente a Lenin por su proyecto de una “federación de repúblicas iguales”, que ocasionó un catastrófico “desfile de soberanías” (Putin, 2021). El corolario del argumento, que se desarrollará en el discurso de 21 de febrero de 2022, sobre el reconocimiento ruso de la soberanía de las repúblicas de Donetsk y Lugansk, es que “La moderna Ucrania fue creada enteramente por Rusia”, resulta un “producto artificial del bolchevismo”, “la Ucrania de Vladimir Lenin” que, en su versión contemporánea post-Maidan, dio lugar a una creciente “rusofobia” y “neonazismo” instigados por Occidente (Putin, 2022)

A todo ello debe añadirse el estrecho contacto y gran predicamento de Dugin en la extrema derecha europea y americana (Dugin, 2021), *Nueva derecha francesa* incluida (Benoit & Dugin, 2014), realizando frecuentes viajes y manteniendo una estrecha red de contactos en occidente, muchas de cuyas lenguas domina con soltura (Laruelle, 2007; Veiga et al., 2019: 118). Su prolífica obra ha sido traducida a varios idiomas, desde el inglés al italiano pasando por el español, de la mano de editoriales vinculadas a la extrema derecha (*Arktos* de Londres, *Hipérbola Janus* o *Fides* en España). Cuenta además con apologetas muy activos en la defensa y divulgación de su pensamiento, tanto en Rusia (Leonid Savin) (Savin, 2015), como en Occidente, Millerman en USA (Millerman, 2020), o Mutti en Italia (Mutti, 2014).

La reformulación intelectual de la extrema derecha tradicionalista se acompaña en Dugin de un activismo político -mediático, en las redes y a través de un vasto campo multiorganizativo- febril y desbordante: desde su participación en *Pamiat* o la fundación del *Partido Nacional Bolchevique* con Limonov, pasando por el partido *Eurasia* o el partido *Rodina* con Glzyev, hasta el *Movimiento Internacional Euroasiático* o las *Juventudes Euroasiáticas* (Shekhovstov, 2008; Umland, 2010; Laruelle, 2019).

Su teoría política presenta una peculiar estructura camaleónica y ecléctica, incorporando a su visión profundamente nacionalista, tradicionalista y de extrema derecha unos rasgos retóricos de postmodernismo, movimiento criticado con dureza, pero del que se toman elementos antimodernos y antioccidentales la mano de una abigarrada mixtura de intertextualidad, bricolaje y nueva superficialidad. Lo cual le permite incorporar temas, conceptos y autores en un peculiar pastiche, escasamente profundo, contradictorio, pero de retórica muy aparente (Cfr. Tabla 1, Dicotomías semántico-conceptuales). Toda su obra resulta una variopinta amalgama de ideas, préstamos y deudas intelectuales, una suerte de collage de diversos conceptos de muy diversa procedencia, predominando los ajenos al pensamiento ruso tradicionalista, en especial los del pensamiento reaccionario occidental, si bien reformulados al servicio de un renovado eurasianismo y nacionalismo Gran Ruso, concebido ambiciosamente, en sus propias palabras, como una “metaideología común a todos los enemigos de la Sociedad Abierta” (Laruelle, 2019:96) (Cfr. Gráfico 1, Vectores).

En las páginas que siguen exploraremos brevemente los principales componentes de la peculiar síntesis que constituye su tan influyente como prolífica obra, en especial, la autodenominada *Cuarta Teoría Política* (I y II, 2009, 2017) que se presenta como alternativa superadora de las tres ideologías clásicas de la modernidad, el liberalismo, el comunismo y el fascismo, así como sus respectivos sujetos políticos: el individuo, la clase y la raza. Trataremos de mostrar que, detrás de tan abigarrado como sincrético discurso, en el que reina por doquier la intertextualidad más erudita, subyace un a veces encubierto, siempre original y muy violento pensamiento *nacionalista imperialista Gran Ruso*, tejido con materiales de varia procedencia fascista, tradicionalista y de la extrema derecha histórica europea.

1. Neo-tradicionalismo

Aleksandr Dugin es, en primer lugar, un tradicionalista, distanciado en apariencia y argumentos varios de la *Philophia Perennis*, pero responsable “de la última modificación de alcance del tradicionalismo clásico, mediante la adición del cristianismo ortodoxo y el eurasianismo” (Sedwick, 2004: 268). La califica-

ción de “conservador” a su pensamiento yerra el alcance, en rigor, *reaccionario*, del mismo: “el tradicionalismo es el conservadurismo fundamental: se opone radicalmente a su tiempo” (Dugin, 2012: 112). Fideísmo, anti-modernidad y anti-Ilustración se articulan en una visión extremista del *Fin de la Historia*: “la modernidad desde el principio fue una creación satánica, esta es la línea argumental básica del tradicionalismo” (Dugin, 2021: 56). El rechazo del mundo moderno en todas sus dimensiones constituye el eje vertebrador de su pensamiento, desde un comienzo y a través de las diferentes fases políticas que atraviesa: “Todo es malo en su totalidad en el mundo de hoy. La idea de progreso, el desarrollo técnico, el dualismo sujeto-objeto de Descartes, el argumento del relojero de Newton, la ciencia positivista contemporánea y la educación basada en ella, la pedagogía, el modernismo y el posmodernismo son todos ellos muy negativos” (Dugin, 2017: 165) (Cfr. Gráfico 1, Vectores)

Siempre se consideró un discípulo confeso, aunque díscolo, de René Guénon y, muy especialmente, de Julius Evola (Boutin, 1992), pensadores de los que toda su obra resulta manifiestamente deudora. Las referencias explícitas o implícitas a los argumentos de *Revolución contra el mundo moderno* (1934), *Los hombres y las ruinas* (1953) o *Cabalgando el Tigre* (1961) de Evola; y *El Reino de la cantidad y los signos de los tiempos* o *La crisis del mundo moderno* (1946) de Guénon, resultan omnipresentes. En especial, temas fundamentales de Evola afloran de modo reiterado en el argumentario de Dugin: el fundamentalismo religioso, la noción de “virilidad espiritual”, la idea desigualitaria de “jerarquía”, la denuncia del liberalismo como “la antítesis de cualquier doctrina orgánica”, la “Decadencia de Occidente” (que Evola tomara de Spengler, a quien tradujo al italiano), la teoría política del imperialismo, una filosofía de la historia del “Eterno Retorno”, el militarismo etc. (Antón, 2001; Furlong, 2011). Una devoción temprana que lo llevó a traducir al ruso el libro de Evola *Imperialismo Pagano* en 1981. En Guénon, Dugin encuentra asimismo amplia inspiración en temas como la modernidad entendida como “Edad Sombria”, la contraposición Oriente/Occidente, la “invasión Occidental del materialismo”, la pérdida de la tradición, la distinción entre “ciencia sagrada” y “ciencia profana”, el desprecio elitista desde la “aristocracia espiritual” a la democracia y las mayorías “siempre constituidas por incompetentes”. No sigue al pensador francés, sin embargo, en su anti-nacionalismo visceral. Comparte, además, con ambos autores, por encima de las diferencias entre ellos, la diagnosis apocalíptica de la modernidad - pese a admitir, en algún momento de su azarosa trayectoria de polemista, una “modernización sin occidentalización” (Shekhovtsov y Umland, 2009)- la crítica frontal y sistemática a la Ilustración y una llamada a la restauración de la tradición religiosa: “desafiamos a la modernidad occidental por su giro anti-espiritual, anti-tradicional, anti-sagrado que, no por azar, coincide con la

Ilustración, el colonialismo, el materialismo en el periodo colonialista y científico de la historia occidental, en definitiva, el Mal” (Dugin, 2021: 69).

Componente clave de este tradicionalismo resulta su fundamentalismo cristiano ortodoxo, un profundo fideísmo ante la “desacralización del mundo”, que desenvuelve teórica y prácticamente a través de su implicación personal en la secta de los *Antiguos Creyentes*. De ahí su inequívoca posición teórico-política: “el retorno de la teología constituye un elemento esencial de la *Cuarta Teoría Política*” (Dugin, 2012: 24), que se prolonga en su visión del “alma rusa”, o bien la “estructura rusa” como gusta decir a menudo: “Tradicionalismo y eurasianismo se entrelazan para decir un ¡NO! radical a la modernidad” (Dugin, 2012: 135)

A ello debemos añadir que, en sintonía con el tradicionalismo ruso del siglo XIX, Dugin recupera, si bien actualizada, la lucha político-simbólica contra la occidentalización, como negación vergonzante del “Espíritu ruso”, y una enemiga implacable a las élites ilustradas y las ciudades como sus principales portadoras (San Petersburgo, en especial, como paradigma de ciudad occidentalizada y ajena a la Rusia ancestral). Este tema clásico del noble o burgués alienado de su cultura y su religión, que traiciona el “alma rusa”, central en todas las *Bildungsroman* clásicas en esta lengua: el Oneguín de Pushkin, el Bilibin de Tolstoi, el Pechorin de Lérmontov o incluso el Rudin de Turguénev, resulta llevado por Gógol a su máxima expresión en *Almas muertas*. Los eslavófilos y los populistas *narodniki* desarrollarían el tema de la renuncia provinciana a la tradición como explícito nacionalismo ruso, tanto en el lema del Giro hacia Oriente, como en el retorno al campo concebido como la “verdadera Rusia” y a la religión ortodoxa como depósito de las esencias patrias, motivos que, tras la guerra de Crimea, resonarían en la obra, tan venerada por Dugin, de Fiodor Dostoievsky (Figes, 2021).

Esta temática tradicionalista de vuelta al rural y a la religión en busca de la esencia perdida de la nación rusa le llevaría a distanciarse de la incómoda compañía de Limónov, fugaz camarada de aventuras nacional-bolcheviques, pero con una orientación bien diferente a la de Dugin: extrema derecha urbana y *skin-head* (Carrère, 2011: 237). También ocasionó, por cierto, un ocasional enfriamiento en las relaciones con su venerado maestro Alain de Benoist, cuyo ultranacionalismo de extrema derecha laica se avenía mal con el tradicionalismo cristiano viejo del pensador ruso (Benoist, 2014: 14).

Todavía en obras recientes resuena el tema del “Gran Retorno a la Tierra”, de un quimérico proyecto de “promover y apoyar el éxodo desde las ciudades hacia el campo”. La razones esgrimidas en los últimos 15 años, son claramente deudoras de una relectura heideggeriana del antagonismo tradicionalista: naturaleza/artificio, religión/razón, comunitarismo/individualismo, tradición/modernidad, cooperación/mercado, eternidad/progreso, auténtico/alienado,

oriente/occidente, campo/ciudad (Cfr. Tabla 1, Dicotomías semántico-conceptuales). La procura febril y siempre en monopolio por el “Pastor del Ser” de la comunidad auténtica desde la inmersión empática en el propio terruño (Magris, 1986: 43), asume en Dugin tonos sombríos de distopía: “Las grandes ciudades son construcciones artificiales de Occidente...deben ser extinguidas, la población debe abandonarlas para vivir una vida real en el campo, pues solo la Tierra proporciona acceso real al Ser” (Dugin, 2021: 85). Este “Retorno a los orígenes, a las fuentes” debe ser incentivado por el Estado ruso mediante la “masiva creación de cooperativas agrícolas y comunidades rurales” (Dugin, 2021: 85).

Su programa tradicionalista posee, asimismo, una decisiva vertiente educativa, dirigida contra la pedagogía moderna, que el Estado ruso debe abordar sin dilación: “debemos promocionar una educación tradicionalista, incluyendo en el currículo materias como metafísica, teología, tradición medieval, así como sistemas no occidentales de pensamiento”, pero también, se nos dice, “corrientes *antioccidentales* de pensamiento europeo como: Fichte, Schelling, Nietzsche o Heidegger” (Dugin, 2021: 80)

Será en procura de una conexión explícita con la política de sus acentuadas convicciones tradicionalistas como Dugin descubrirá tanto la *Revolución Conservadora* alemana, como la *Nueva Derecha Europea* y, lo que puede resultar más sorprendente, la filosofía *posmoderna*. Precisamente, inspirado vagamente por una lectura superficial y manipuladora de esta última, nuestro autor reformula su tradicionalismo en términos de “crítica postmoderna de la modernidad” y, con ella, la denuncia sistemática de la “racionalidad científica”, de su carácter “mutilador y opresivo”, de la mano de autores varios, manipulados instrumentalmente al servicio del argumentario tradicionalista: Deleuze, Foucault, Feyerabend... Con total descontextualización se invoca la “gran parodia”, el “diablo especular de la postmodernidad”, su “crítica de la tecnología” (Dugin, 2017:23)...a los solos efectos del “eterno retorno” a la tradición y, más en concreto a la “sagrada tradición Rusa”, a la “Cosa Rusa”.

Así, la crítica de la Ilustración se prolonga en una valoración muy negativa de la occidentalización de Rusia en sus sucesivas etapas históricas: desde Pedro el Grande, pasando por los Romanov, hasta la perestroika de Gorbachov, incluido el primer Putin y sus supuestos escarceos atlantistas y occidentalistas. Por el contrario, la “Idea de Rusia”, la “Misión rusa milenaria” se caracteriza, desde el punto nodal de articulación del tradicionalismo político, como una síntesis de dos elementos fundamentales: 1) paneslavismo y 2) cristianismo fundamentalista ortodoxo. He ahí el diagnóstico fundamental de nuestro autor: bajo la superficie occidentalizada yace el ascua de la “estructura rusa” profunda que es preciso reavivar a toda costa.

2. Nacionalsocialismo, revolución conservadora, Imperialismo

No es, sin embargo, el pensamiento histórico ruso reaccionario el que constituye el componente primordial de la teoría política nacionalista imperial de Dugin, sino las doctrinas de la extrema derecha europea histórica (Laruelle, 2019: 95) (Cfr. Gráfico 1). En concreto, el nazismo, en sus diversas versiones, a veces adjetivado “de izquierda”, ocupa un lugar fundamental en su visión geopolítica y lo convierten en un portador actualizado y blanqueado de una *Weltanschauung* inequívocamente fascista (Shekhovtsov, 2008: 492; Horvath, 2021). No debe olvidarse que Dugin fue miembro del grupo fascista *Pamiat* en los últimos años 80, y en los 90, dirigente del filo-nazi Partido *Nacional-Bolchevique*. Tal y como sucederá con el nacionalismo, que analizaremos más adelante, a pesar de su distanciamiento retórico del fascismo como una de las tres teorías que la *Cuarta Teoría Política* está llamada a superar, y su apoyo entusiasta a la “desnazificación” de Ucrania, su pensamiento permanece profundamente deudor del nazismo, bajo múltiples disfraces y algún matiz de cierto relieve. Para Dugin, siguiendo un estricto esquema interpretativo palingenésico: 1) de la decadencia tras el derrumbe de la URSS y subsiguiente occidentalización con Gorbachev, ha de llegar 2) el renacimiento, el “Nuevo comienzo”, la regeneración de la Gran Patria rusa perdida, mediante 3) la refundación totalitaria del Estado ruso en procura de su natural *Lebensraum*, esto es, el viejo Imperio Zarista y aún más allá, la Santa Rusia de Kiev. Con tal objetivo se realiza una particular lectura que depura y manipula el legado nazi para volverlo presentable a sus propósitos; así, se muestra abiertamente crítico con el holocausto y rechaza que el racismo forme parte del núcleo duro de la ideología nacionalsocialista. Dugin presenta del mismo una edulcorada visión culturalista y “civilizatoria” que importada al presente le permite integrar, siempre bajo el dominio imperial de la Gran Rusia y su Nuevo Zar, a pueblos varios de oriente y occidente. Pero sobre todo, esta resignificación le facilita aventurar un fascismo de izquierdas con elementos de supuesto “socialismo” (en inverosímil rojo-pardismo) y, sobre todo, reconducirlo hacia el nacionalismo, verdadero eje vertebrador de su pensamiento, en una perspectiva de supuesto “nacionalismo de izquierdas”, no racista, pero religioso, autoritario y militarista.

Como apuntábamos, en la *Cuarta Teoría Política* Dugin presenta una síntesis destinada, en sus propias palabras, a superar las tres teorías políticas fundamentales de la modernidad: el *liberalismo* (centrado en el individuo, propagador del capitalismo, responsable de la esclavitud, de la destrucción de los nativos americanos, del colonialismo mundial, de Hiroshima y Nagasaki, de las guerras de Irak y Afganistán etc.); el *comunismo/socialismo* (cuyo sujeto político por excelencia es la clase social, postula un materialismo antiespiritualista y antirreligioso, y es responsable histórico de la dictadura del proletariado y el Gulag); y, final-

mente, el *fascismo* (cuyo sujeto político es la raza aria, promovió la xenofobia, el antisemitismo y la “solución final” ejemplificada en Auschwitz).

Sin embargo, de todos ellos, sin duda: “el liberalismo es el enemigo principal de la *Cuarta Teoría Política*” (Dugin, 2012: 59), con el que no cabe sino una “oposición total”. El liberalismo, que “puede y ¡debe! ser refutado” (Dugin, 2012: 216), constituye para Dugin una visión filosófica que genera los males más letales de la modernidad. En apretada síntesis podemos enumerar, sin pretensión exhaustiva: 1) teorizar un “yo descontextualizado” de la Comunidad, de la mano de un individualismo posesivo destructor de la Tradición; 2) sacralizar la propiedad privada como supuesto fundamento de la libertad; 3) postular una base contractual inorgánica y artificial de todas las instituciones políticas y sociales, empezando por el Estado; 4) defender la secularización del mundo y el laicismo; 5) debilitar políticamente al Estado mediante la democracia constitucional y parlamentaria y la división de poderes; 6) promover la creación de una sociedad civil sin etnias, “pueblos” o religiones; 7) impulsar la competición y la mercantilización de la economía; 8) venerar el desarrollo científico y técnico de la mano del mito del Progreso y, con ello, apuntalar la superioridad innata, universalista de Occidente, el “racismo occidental”

Pero, además, el liberalismo proporciona la cobertura ideológica al orden global atlantista al servicio de los intereses de Estados Unidos, el verdadero “enemigo ontológico” de Rusia, “el mal absoluto”. El liberalismo, en este orden de cosas, es responsable de: 1) la creación de un Imperio Americano como “núcleo imperial”, impulsado por un “mesianismo atlantista”, que se autoproclama guía espiritual y cultural (“american way of life”) de la entera sociedad global; 2) la creación de la unipolaridad en la que los USA y sus aliados (“Unipolaridad multilateral”) asedian a los supuestos “Estados canallas” (Irán, Bielorrusia, Venezuela, Corea del Norte, China ...y, sobre todo, Rusia); 3) la promoción de una globalización acelerada que implica la “de-soberanización” de los Estados nacionales, favoreciendo un gobierno mundial en manos del capital financiero, las multinacionales, los fondos de inversión y las “fundaciones” (Soros).

Por su parte, el comunismo merece otro tratamiento que el “Gran Rechazo” al liberalismo: vilipendiado por su materialismo y determinismo economicista, se considera, pese a todo, 1) “extremadamente útil para revelar los mecanismos de alienación y mistificación que el liberalismo utiliza para justificar su dominio”, por lo que no deja de ser aceptable “una lectura de Marx desde la derecha” (Dugin, 2012: 321); y 2) en su expresión bolchevique retiene, a despecho de su lenguaje de clase, una apelación antioccidental al pueblo-nación ruso en cuanto comunidad orgánica e histórica que debe ser preservado (Dugin, 2021)

Con respecto al nazismo, el reconocimiento es mucho mayor: la presencia de motivos ideológicos fascistas está omnipresente hasta el tópico: “Más allá de la derecha y la izquierda, pero siempre contra el centro” (Dugin, 2021: 43)

(Cfr. Gráfico 1). En este orden desfilan con admiración indisimulada por sus libros, entrevistas (o sus múltiples documentales televisivos) personajes como E. Röhm, jefe las Secciones de Asalto, asesinado en 1934 en la *Noche de los Cuchillos Largos* junto a otros “anticapitalistas” nazis. O bien Otto Strasser, miembro del NSDAP, y otros líderes de las tendencias no Hitlerianas del Nacionalismo alemán “de izquierdas”, simpatizante con la Revolución bolchevique. Otro tanto cabe decir de la *Ahnenerbe*, admirada por su “investigación científica en procura de los ancestros arios” y Hermann Wirth, la sección histórica de las SS centrada en la en el rastreo de las raíces arias de Alemania, o el propio Heinrich Himmler, dirigente de la sección política de las SS. Incluso, se recupera Reinhard Heidrich, jefe de los servicios de seguridad y la Gestapo y diseñador de la “solución final”. El motivo no es otro que ser considerados, todos ellos, “rusófilos” y “eurasianistas convencidos”. Desde esta perspectiva, el pacto Molotov-Ribbentrop resulta reinterpretado como la transitoria, pero idealizada alianza de los grandes poderes continentales de Rusia y Alemania frente al Atlantismo de los USA y Europa occidental. Ello explica, las afinidades electivas con los epígonos del nazismo: en los años noventa, por ejemplo, Dugin cultivó la amistad con el nazi belga rusófilo Jean Thiriart, al que cita repetidamente en sus obras, divulgador del arianismo y de la alianza “Eurosoviética”, bajo el lema: “siempre con Moscú contra Washington” (Dunlop, 1983).

Desde un patente esfuerzo por distinguir a algunos ideólogos nacionalsocialistas de las posiciones de Hitler y el Holocausto, mención especial merece la centralidad que ocupan en su pensamiento grandes pensadores del ámbito del nazismo como Carl Schmitt y Martin Heidegger. Dugin no solo ha escrito libros sobre ambos: sobre Schmitt, por ejemplo, *Filosofía de la Guerra* (2004) y sobre Martin Heidegger: *Filosofía del otro origen* (2010) y *Martin Heidegger: la posibilidad de una filosofía Rusa* (2011), sino que ha traducido también varias obras del segundo de ellos al ruso. Podemos comprobar los efectos de este nazismo blanqueado y deturpado en la construcción que Dugin realiza del enfrentamiento Occidente/Rusia, donde la perspectiva schmittiana de los “Grandes espacios”, alumbró una geopolítica de “Grandes potencias” que se elabora como antagonismo total: Occidente/Oriente, Telurocracia/Talasocracia, Tierra/Mar, Casa/Nave, atlantismo/eurasianismo, que se prolonga heideggerianamente como *Dasein/Gestell* (Cfr. Tabla 1).

Otros conceptos schmittianos como los de “Democracia Total”, “Dictadura soberana”, la lógica constitutiva de lo político “Amigo/enemigo”, la distinción antagonista “Hostes” vs “Inimicus” etc., se entrelazan y se potencian constantemente en la obra de Dugin con conceptos heideggerianos como “Dasein”, “Volk als Dasein” y “Acontecimiento” (“*Ereignis*”), esto es, el Evento como apertura al ser, al lenguaje originario (Cfr. Cuadro dicotomías semántico-conceptuales). Así, en la *Cuarta Teoría Política*, frente a los sujetos políticos clásicos: la

clase, la raza o el individuo, el nuevo sujeto colectivo que se postula es el “Dasein” heideggeriano, de la mano de una ontología fundamental que evite la tan desdichada pérdida del contacto con las raíces ónticas, el *inzwischen*, el fragmento entre sujeto y objeto, es más, en sentido etimológico, afirma Dugin: el “andrógino radical” (Dugin, 2012: 271). Ahora bien, el *Dasein* es reinterpretado por Dugin, *à la russe*, como *Ethnos*. La influencia del pensador tradicionalista Gumilev resulta, en este punto, notoria. En efecto, ni el individuo desenraizado de la comunidad postulado por el liberalismo, ni la clase social como sujeto colectivo fundado en las relaciones de producción del marxismo, pero tampoco la raza biológica del nazismo, tienen ya cabida como excrescencias que son de la caduca modernidad occidentalizada. El existir, el *Dasein* designa, frente a *das Man*, al nosotros esencial de un ser colectivo originario, “Mit-sein”, ser con los demás, tránsito absoluto del “Yo” al “Nosotros” en procura de “un holismo existencial y orgánico” (Dugin, 2012: 357). El “Quiénes somos nosotros, los alemanes, como pueblo” de Heidegger (Faye, 2005: 167), en afanosa busca de aquella “Unidad oculta” (“*verborgene Einheit*”), se reformula en Dugin como pregunta por el ser ahí con los otros miembros de la totalidad orgánica del pueblo-nación ruso.

Por eso, en singular síntesis de Heidegger con Gumilev, el *Dasein* deviene en *ethnos*, - “Dasein existiert völkisch”-reformulado como “fenómeno cultural”: “Cada individuo y cada cultura posee su propio e irrenunciable *Dasein*. Como comunidad de lengua, pero también de creencias religiosas, como matriz del “Mundo de la vida” (Husserl), como fuente de particulares “Juegos lingüísticos” (Wittgenstein)” (Dugin, 2012: 50 y ss). El *ethnos*, en sentido de Gumilev, no es el pueblo compuesto por individuos, ni menos aún por ciudadanos, sino el *narod*, esto es, el pueblo-nación entendido como comunidad esencial de cultura, lengua, religión, vida cotidiana. Una comunidad orgánica deudora de un “ambiente acogedor” en un espacio dado, pero también de un “Destino”, una “Misión”, necesitada de su propio *Lebensraum* que se presenta, empero, desracializada, espiritualizada, y al mismo tiempo se pretende “científicamente objetivada”. Dugin rusifica, así, a Heidegger a través de Gumilev, asumiendo buena parte de las tesis de este último: 1) los individuos que conforman un mismo grupo étnico comparten necesariamente el mismo carácter y actúan de la misma manera; 2) las etnias no solamente son diferentes unas de otras sino, en última instancia, incompatibles y no pueden ser integradas armoniosamente; 3) las etnias poseen características morales diferenciadas que las hacen superiores o inferiores; y 4) finalmente, una cierta hostilidad entre las etnias resulta natural e insuperable (Bassin, 2016: 314).

El *narod*, el pueblo-nación dotado de una esencia comunitaria dada desde la noche de los tiempos, se crea en el lugar, es decir, en el *espacio* más que en el

tiempo, es la apoteosis del Ser por encima del Tiempo. La cadena de equivalentes antagónicos aquí se multiplica; de un lado:

oriente/espacio/telurocracia/tierra/permanencia/casa/lebensraum

Del otro:

occidente/talasocracia/ tiempo/mar/cambio/ nave/desenraizamiento (Cfr. Tabla 1 dicotomías semántico-conceptuales).

Es en el ámbito geográfico, en el Espacio hacia el Norte y el Oriente, Hiperbórea, en el *Grossraum* más que en raza y la sangre –“Boden vs. Blut”- donde reside el ser de la nación rusa. Gumilev se une aquí a la noción del “espacio como destino” heredada, entre otros, de Ratzel y Kjellen. Todo ello permite pensar no solo la “etnogénesis” y el “ethnos” ruso, sino, y este paso resulta decisivo, un “superethnos” como Imperio que acoge hegemónicamente en su seno a varios pueblos, sin cometer como antaño, aparentemente, excesos de compulsiva “rusificación”. Es la puesta al día de la crítica comunitarista y racista de Heidegger a la supremacía del *Logos* en Occidente: razón, individuo, humanismo, democracia... son considerados por Dugin como otros tantos ataques a la *Bodenständigkeit*, al enraizamiento en el propio humus comunitario de la Nación. Así, la amenaza de Occidente deviene acechanza histórica a la entera tradición nacional-imperial rusa: la Rusia de Kiev, la Rusia zarista, la URSS, hoy en día a la Rusia de Putin, elevado a “Zar del Mundo”.

La corrosiva organicidad del concepto cultural, “civilizatorio”, del *Ethnos* se pone por entero de manifiesto cuando se asume, por parte de Dugin, que una de las consecuencias teóricas de este nuevo sujeto reside en la “relativización misma del concepto de política” (Dugin, 2012: 54), en cuanto innegable deudora esta última de la *polis*, del mundo urbano, artificial, en rigor: *inesencial*. Frente al espacio prístino rural, campesino, la *Tierra*, depositario de la tradición nacional-popular, guardián eterno de las esencias de la “Madre Patria”, la política remite por naturaleza a otro mundo bien ajeno: voluntad, creación, producción democrática de intereses e identidades, todo ello en las antípodas del “ethnos que vive naturalmente en equilibrio con el medio ambiente del que resulta deudor”. La ajenidad del *Dasein/Ethnos* tanto al individuo descontextualizado de la comunidad, propia del liberalismo, como al materialismo marxista, cuyo economicismo conlleva el desprecio por la “superestructura” cultural y espiritual de los pueblos, no puede ser más absoluta.

El concepto heideggeriano de *Ereignis* (evento), que designa el imprevisto retorno del ser en la noche del mundo moderno, se articula con el de *Dasein* (ser en el mundo) como nuevo sujeto político emergente en el *Ethnos* ruso. Una estructura existencial que constituye al ser colectivo, un Nosotros que se impone como una totalidad comunitaria holística, el pueblo, “das Volk”, pero, sobre

todo: *la Nación*, enraizada en la historia, en la tradición imperial rusa, en la vastedad del Gran Espacio hacia Oriente, y en la religión ortodoxa, amenazada siempre por poderes exteriores atlantistas, occidentales, materialistas. He ahí, en fin, la “tricotomía del imperio”: “Los tres elementos del Imperio ruso son: espacio, pueblo (*narod*) o pueblos, y religión” (Dugin, 2017:16).

La geopolítica de los “grandes espacios”, que Dugin toma de Schmitt, alumbraba un concepto de *Imperio* que se pretende deudor de lectura de Negri. Empero, si bien se hereda de éste último la tesis de la obsolescencia contemporánea de la Forma Estado-Nación, en absoluto ocurre otro tanto con las características fundamentales de un “Imperio” sin centro, atemporal y “desterritorializado” (Máiz, 2011: 40). Su imperialismo ruso, el “renacimiento imperial” (Dugin, 2021: 54), se presenta, retóricamente, como Imperio *posmoderno* a la vez que, al modo tradicionalista, como “Imperio Sacro”, *premoderno*, pre-estatal: “El Imperio es una idea a la vez premoderna y posmoderna” (Dugin, 2012: 86). Pero su naturaleza política no deja lugar a dudas de que el pretendido “posmodernismo” vaya demasiado lejos: “Rusia es un antiguo imperio, con un fuerte espíritu comunitario, un gobierno administrativo tradicionalmente duro y un mesianismo muy característico” (Dugin, 2017: 167).

Podemos concretar, de modo sucinto, las abismales diferencias entre la forma Imperio y la forma Estado en Dugin, que evidencian que poco o nada tiene en común con la formulación de Negri & Hardt:

1.- El Imperio ruso tiene una “Misión” histórica y sagrada, la preservación de la “unidad etno-religiosa”: la “misión ortodoxa de la Santa Rusia” (considerada como la “Tercera Roma” o como el “Nuevo Israel”)

2.- Componente fundamental de la recuperación de la identidad rusa perdida es la glorificación de su pasado Imperial: la “Santa Rusia”, la “Rusia de Kiev”, el Imperio zarista, también la “Gran Guerra Patriótica” con Stalin, incluso la URSS. Por eso “la batalla por la Santa Rusia es la batalla por Kiev” (Dugin, 2017:54)

3.- De la mano de ese pasado imperial se postula la tesis de Rusia como nuevo “Gran Poder”, como “esfera de intereses privilegiados” y “valores morales superiores”, también como “superpotencia nuclear”, que posee su propio, irrenunciable “Espacio vital”: el ámbito geopolítico de la antigua URSS (a excepción, quizás, de los Estados bálticos). El Imperio, a diferencia del Estado nacional y su delimitación cristalizada de fronteras, constituye un “*Gran Espacio con tendencia a la expansión*”: el horizonte del Imperio ruso vislumbra, más allá de la URSS, un ámbito islámico-euroasiático que incluya de algún modo a Turquía, Pakistán o incluso a Irán.

4.- El Imperio no “rusifica” por la fuerza a las comunidades y pueblos que acoge, por el contrario, de la mano de una engañosa noción pseudo-gramsciana de “hegemonía”, se supone que preserva a las etnias y culturas singulares

dentro de su ámbito territorial. El Imperio ruso debe adoptar, en coherencia con su naturaleza *demótica*, que no democrática, la estructura de un “federalismo orgánico”, mediante el principio de “subsidiariedad” de los diferentes pueblos y culturas...pero siempre, bajo la “centralización estratégica” de Moscú. Este “Federalismo euroasiático” y sus precarias “autonomías locales” deben mantener, en todo momento, una férrea “unidad estratégica central”.

5.- La Soberanía estará residenciada inequívocamente, en el “Centro Imperial”, pues solo Rusia es una “nación constitutiva de Imperio”, solo el pueblo ruso es un “pueblo de Imperio” y solo Rusia, en fin, garantiza la “unidad estratégica de Eurasia”. Rusia, en definitiva, constituye el núcleo expansivo, “el heartland de la civilización de la Tierra” (Clover, 2022: 233), la “potencia telúrica por excelencia”.

6.- El Imperio Ruso debe distinguir geopolítica y estratégicamente, según la lógica amigo/enemigo, entre los auténticos países euroasiáticos (el Kazajistán de Nazarbaev o la Bielorrusia de Lukashenko), y los occidentalizados y artificiales, “Estados fallidos” y, a la vez, “Estados títeres” (Ucrania, Georgia).

3. Idea de Rusia, Eurasianismo, nacionalismo

El antevisto tradicionalismo de Dugin, su crítica de la Ilustración y de la occidentalización del mundo, se inserta en la larga tradición de una cosmovisión rusa específica, “la misión rusa milenaria”, el *eurasianismo*, peculiar síntesis de eslavismo y cristianismo ultra-ortodoxo. Los primeros eurasianistas, que nuestro autor evoca como precursores, desarrollaron las ideas eslavófilas del siglo XIX: frente a la visión occidentalizante, se sostiene que Rusia no solamente no es un país europeo, no forma parte de Europa, sino que: 1) no es, en realidad, “un país”, sino “una civilización”; y 2) una civilización cuyos “principios constitutivos” (religión, cultura, instituciones) se sitúan en las antípodas de Occidente. Lo que se percibía como atraso y anormalidad rusa por parte de las elites occidentalistas desde Pedro el Grande, el mundo de san Petersburgo y la nobleza rusa afrancesada, se reformula por parte de los eurasianistas como afirmación positiva y exaltación de una identidad rusa, no solo diferenciada si no espiritualmente superior, no decadente ni materialista. De ahí la llamada a la recuperación de la tradición milenaria previa a las reformas occidentalizantes de Pedro el Grande, la continuidad de la Iglesia ortodoxa como columna vertebral de la Nación, la revalorización de la aportación étnica y civilizatoria de la *Horda de Oro*, de la herencia de Gengis Kahn, pero también de las tradiciones populares campesinas (*mujik*) del pueblo ruso (nacional populares). En este sentido, Dugin considera a Danilevski y su teoría de los “tipos histórico-culturales”, como el equivalente ruso de Spengler y Toynbee. A su entender, Rusia

constituye un tipo histórico-cultural único: eslavo-ortodoxo. Esto se traduce en que está dotada de un “Destino”, una “Misión”, unos “Valores distintivos” como Civilización, no solo diferentes sino en beligerante oposición a otros, muy especialmente a uno de ellos: el “tipo histórico-cultural romano-germánico-europeo”.

Será en los años veinte, en la diáspora de los rusos blancos emigrados donde se reelaborarán estas teorías por parte de sus admirados Alexeiev, Trubetskói, Jakobson, Savitsky, Ilyn, etc., peraltando, contra la europeización de Rusia, un giro hacia su “asiatización”, la visión de Rusia “como una cultura asiática esteparia” (Trubetskói) (Figes, 2021: 376). Dugin llevará al extremo este *Éxodo a Oriente*, no solo como 1) geopolítica de los Grandes espacios, sino 2) reforzando el autoritarismo y revalorizando el valor de “la jerarquía” en política, 3) un extremo fideísmo y antirracionalismo en la interpretación de la religión ortodoxa, y 4) el comunismo y ruralismo anti-urbanos *narodniki*. Y ello siempre al hilo de una denuncia sistemática de Occidente, su universalismo, su fe en el progreso y la técnica, así como, finalmente, su innato colonialismo.

En su lectura, la tradición rusa de los eurasianistas posee un venero “oriental”, no solo por el giro geopolítico hacia Asia, sino por su apuesta jerárquica y autoritaria. Para Trubetskói, la “psicología turania”, “las estructuras psicológicas esencialmente asiáticas” generaban una “unidad total entre el ritual, la vida y el arte”, que se traducían en la naturaleza religiosa del Estado ruso y la dócil disposición de la población a someterse a ella: “Iglesia, Estado y Nación resultaban inseparables” (Figes, 2021: 387. Para uno de sus autores de cabecera, Alexeiev, el derecho eurasianista es un derecho en diametral oposición al derecho occidental, racionalista, atomístico e individualista, es más, constituye un mundo jurídico centrado en los “deberes comunitarios”. Frente a la democracia occidental, Alexeiev subraya Dugin, coincide con teóricos de la revolución conservadora alemana, como Arthur Moeller van den Bruck, al proponer como sistema político del nuevo Imperio Ruso, frente a la representación, los derechos civiles y políticos y la separación de poderes, la “participación del pueblo en su destino” mediante la schmittiana inmediatez de la adhesión incondicional al Führer y la verticalidad absoluta del poder del zar.

Por esta vía regia argumental, eurasianismo, imperialismo y *nacionalismo* se articulan estrechamente en la teoría política de Dugin. Así, de modo abierto y desafiante, se proclama un nacionalismo Gran Ruso: “el eurasianismo infundirá una política patriótica, una idea nacional con contenido político activo... ¡Una gran Rusia!” (Dugin, 2017:184). Lo cual se traduce, a su vez, en un inequívoco expansionismo imperial: “Los eurasianistas actuales proponemos la resurrección del Gran Espacio Euroasiático en lugar del Imperio Ruso zarista y la Unión Soviética” (Dugin, 2017: 180). Pues bien, tres son los principios

fundamentales del *master frame* de este nacional-eurasianismo que Dugin reitera constantemente en sus obras (Cfr. Figura 2):

1.- En geopolítica, se postula la construcción de un mundo *multipolar* en oposición al mundo unipolar bajo hegemonía americana, caracterizado por Grandes Espacios en competencia de diferentes hegemonías, donde la guerra es siempre una posibilidad abierta en defensa de la propia civilización, sus intereses, sus valores, su seguridad (Dugin, 2021: 135).

2.- En cuanto a la concepción imperial rusa, de acuerdo a lo antevisto, la “integración” se argumenta en clave *asimilacionista*: “La integración política del espacio postsoviético: unidad estratégica del núcleo ruso y polifonía de sus grupos étnicos- no de las “naciones”, sino grupos étnicos”, de tal suerte de que no existan el menor equívoco “leninista”: no solo se postula “un solo Estado y varios grupos étnicos” (Dugin, 2017: 191), sino que debe procederse, por ende, a la definitiva “abolición del estatus de las repúblicas nacionales” (Dugin, 2017: 199).

3.- En política interna, en fin, se urge el abandono del modelo democrático liberal “copiado de Occidente”, y se propugna el desarrollo de una “democracia total”, de aclamación, que se concreta en la forma de una “monarquía democrática” del *Princeps Nostrum* (Dugin, 2021: 135), el “Nuevo Zar” o “Zar del Mundo”. Incluso se apela a la perentoria creación de una “Policía Política” frente al enemigo interno que acecha, siempre al servicio de Occidente (una nueva *Oprichnina*, como la de Iván el Terrible, actualizada) (Dugin, 2017: 211) (Cfr. Tabla 1)

Si bien a lo largo de la prolífica obra de Dugin abundan las descalificaciones del “nacionalismo ruso”, incluso del *nacional bolchevismo* que el mismo organizara y dirigiera con Limónov en los 90 (Carrère, 2011: 350), éstas no deben conducir a equívoco alguno. Su teoría, sus principales argumentos, sus conceptos son eminentemente *nacionalistas*: “Mi filosofía política se basa en la asunción de que el pueblo-nación ruso es la categoría histórica, espiritual y política más importante. El pueblo-nación ruso es un absoluto en sí mismo. Está profundamente impregnado de la luz de la cultura ortodoxa y ha sido elegido por la Divina Providencia para una Misión especial” (Dugin, 2017: 65)

La crítica de Dugin se centra, solamente, en los nacionalismos estrechamente étnicos y racistas (incluido el nacional-socialismo hitleriano), para proceder a “una reconsideración metafísica de la idea nacional rusa” (Dugin, 2017: 65). Esta reformulación “metafísica” del nacionalismo deviene, sin embargo, en evidente *nacionalismo primordialista* (Máiz, 2003 y 2022); a saber: 1) un núcleo duro de etnicidad esencial rusa (religión y territorio ancestral), pre-política y antidemocrática, genera la identidad comunitaria en torno a la Tierra y la Religión Ortodoxa; lo cual se traduce, a su vez, en 2) la delimitación de las *etnias de exclusión*, concebidas como lo “totalmente Otro” de Rusia (UE, USA);

y 3) las *etnias de reintegración*, que deben ser devueltas a la Madre Patria, es decir, anexionadas (Ukrania, Georgia...). Ahora bien, en lugar de mención explícita a la “raza” - pese a un omnipresente arianismo (Laruelle, 2019: 105)- la etnicidad se “espiritualiza” y se ubica la *religión* como elemento diacrítico central del concepto. De ahí, la nación entendida como “contexto etno-confesional” y su consideración como “civilización rusa” y sus “valores nacionales”: “ortodoxia”, “tradiciones morales propias”, “comunitarismo”, etc. (Cfr. Tabla 1, Dicotomías semántico-conceptuales). Esta “metafísica de la nación” permite reformularla como “super-ética, asociada estrechamente al mesianismo geopolítico, el medio ambiente físico territorial, a la cultura y a la religión”. Una y otra vez, en definitiva, en la obra de Dugin, el *pueblo*, resulta formulado en términos inequívocos de *nación*, esto es, como “ente integral y orgánico, dotado de un destino diferenciado y una estructura única” (Dugin, 2016: 109), de tal suerte que, en su “Unidad oculta”: “La nación lo es todo, el individuo no es nada” (Dugin, 1997: 257). Y por consiguiente ha de llevarse a cabo desde el Estado una radical “Política patriótica: hablamos del retorno a los valores tradicionales rusos, a las eternas constantes eurasiáticas” (2016: 161). “Tierra y Religión”, en definitiva, es aquí donde reside el “fundamento de la mística de la nación”, “el ángel de la nación”, la “nación rusa como un pensamiento de Dios” como escribió Herder.

La “metafísica” metamorfoseada en teología política, no del Estado, sino de la Nación: “La nación rusa como Ángel nacional luminoso” (Dugin, 2021:96). En un pasaje muy clarificador, Dugin afirma sin ambages: “La nación, considerada como categoría metafísica, no se identifica con la multitud de los individuos concretos con la misma sangre o que hablan la misma lengua, sino como la misteriosa personalidad angélica que se revela a lo largo de todo el devenir histórico” (Dugin, 2016: 11). Lo cual habilita, a su vez, una formulación de nacionalismo imperialista Gran Ruso que acoge fraternalmente la subsistencia de grupos étnicos, que nunca naciones, en el seno del Imperio: “El Ángel de Rusia se manifiesta como *Ángel de la integración*, como ser luminoso que trata de unir teológicamente a otras esencias angélicas en el interior de sí mismo, sin eliminar sus individualidades, sino elevándolas a escala imperial y universal” (Dugin, 2016: 112).

Las consecuencias no solo imperialistas sino antidemocráticas de este nacionalismo, se evidencian en la absoluta sumisión del individuo, que no ciudadano/a, a la *nación primordial*, concebida como implacable *unánime totalidad orgánica* que exige adhesión incondicional: “En el centro del derecho euroasianista está el pueblo-nación como sujeto jurídico fundamental. El ciudadano y el individuo es jurídicamente responsable frente a su pueblo-nación y al régimen legítimo del cual este se ha dotado en la historia, formado en base a múltiples factores: religiosos, étnicos, culturales etc. La pertenencia étnica, cultural y religiosa sitúan al ciudadano en uno u otro contexto jurídico diferenciado” (Dugin 2016:

41). Esta es, pues, la “Patria eterna, la patria absoluta, la sacralidad suprema... la verdadera Rusia”, en definitiva: “la Idea Rusa, la Gran Rusia como algo completo, total y orgánico” (Dugin, 2017: 241, 284).

Esta concepción del nacionalismo ruso, aunque nunca “oficial”, ha tenido una gran influencia en el Kremlin, en el Ejército y en los amplios apoyos de los gobiernos de Putin. Podemos sintetizar, recogiendo lo hasta aquí analizado, sus ideas principales (Cfr. Tabla 1, Dicotomías semántico-conceptuales):

1.- Rusia constituye un mundo aparte, una “civilización” no solo distinta sino superior y opuesta - en sus principios, intereses y valores- a Occidente (cosmopolitismo, constitucionalismo, multiculturalismo, derechos LGTBI). Desde esta asunción primera, se impulsa un nacionalismo revanchista que nace no solo del inveterado “desprecio” occidental a Rusia como inferior, atrasada y brutal, sino también del *auto-odio* histórico de las élites rusas hacia su propio pueblo. Por el contrario: “La Gran Rusia representa un caso único de fusión de tres componentes étnicos (eslavo, turco y ugro-finés) *en una única nación*, con una tradición original y una riquísima cultura” (Dugin, 2016: 57).

2.- Esta “civilización” rusa está siendo atacada en sus fundamentos, por lo que debe aprestarse a una defensa nacional integral, ideológica, cultural, religiosa y bélica frente a la agresiva decadencia de Occidente y su expansivo atlantismo (OTAN, UE). La xenofobia antioccidental se prolonga en la tesis del *Giro geopolítico hacia Oriente* (Irán, China): “ha llegado la hora de enfrentar las hordas angélicas de Eurasia contra las armadas atlánticas del capitalismo” (Dugin, 2016: 112).

3.- Rusia debe adoptar como sistema político, frente a la democracia liberal y representativa propia de los Estados occidentales, la *demotia* (Mohler), esto es, la “democracia orgánica” de la revolución conservadora, el pueblo ruso disciplinado verticalmente como un todo nacional, “una comunidad metafísica y supra-temporal” bajo un “sistema autoritario democrático”. A estos efectos, Dugin comparte con Surkov (Empoli, 2022), y desarrolla por su cuenta, una propia versión del concepto de *democracia soberana*” (Dugin, 2017: 83), con Putin como el “Nuevo Zar” de una “Monarquía Democrática”.

4.- Del pueblo a la nación y de la nación a Eurasia: el Nacionalismo que se defiende es radicalmente *eurasianista*. Una nación panrusa (Gran Rusia) concebida como “Madre Patria”, construida a partir de un núcleo duro de etnicidad: *Rusia, Ucrania y Bielorrusia*. El Mito de la “hermandad de los pueblos del Imperio” y las invocaciones al “federalismo orgánico” o la “subsidiariedad” no obstaculizan la necesidad de políticas enérgicas de rusificación lingüística ni, sobre todo, la supresión de la autonomía política de las repúblicas mediante la imposición de la “hegemonía” centralizada del Nacionalismo ruso Imperial

5.- Ucrania es un ente ficticio, un *Estado* artificial, un “experimento fallido”, una irresponsable creación bolchevique devenida, hoy en día, peligrosa “Ma-

rioneta de Occidente”. También como *Nación*, Ucrania es inexistente: buena parte de su territorio actual no es sino la *Pequeña Rusia* o la *Nueva Rusia* (Sudeste de Ucrania), parte innegociable del pueblo *Russikii*. Pero, además, constituye un espacio clave de lucha contra Occidente y la Occidentalización de Rusia, como muestran la des-rusificación y el “Genocidio” de la población rusa en el Donbas

6.- Mientras se valora del bolchevismo su nacionalismo encubierto, su comunitarismo antiindividualista, se critica abiertamente a Lenin por haber postulado el (nominal) “derecho de autodeterminación” de las repúblicas soviéticas. Y se profesa un velado culto a Stalin, mediante un sistemático revisionismo histórico: silencios elocuentes se extienden sobre el Gulag, las Purgas y el Holodomor.

7.- El elemento diacrítico fundamental, el núcleo duro de la nación rusa, no es la lengua ni la raza, sino la *Fe Ortodoxa*. Una visión fundamentalista y fideista, tributaria de la militancia de Dugin en los *Antiguos Creyentes*, conduce a postular el cristianismo ortodoxo como religión oficial del Estado, promoviendo un fusión Iglesia/Estado, con un papel político relevante para el Patriarca de la Iglesia Rusa.

8.- El eurasianismo, no debe ser “chauvinista” ni aislacionista, debe traspasar las fronteras de Rusia para establecer redes, contactos y alianzas con la extrema derecha mundial desde la Nueva Derecha francesa, a la extrema derecha española (se evoca aquí a José Antonio Primo de Rivera), o italiana, o norteamericana: Steve Bannon y Alex Jones (Shekhovtsov, 2015, 2018; Dugin, 2021).

4. Militarismo

Una última dimensión del pensamiento de Dugin, que no hará sino actualizarse con toda su crudeza a partir de la invasión de Ucrania en 2014, es el culto a la violencia, la apología de la guerra y un inveterado militarismo como componente fundamental de su nacionalismo, al servicio de la construcción de la Nueva Rusia imperial como un Gran Poder.

De familia con larga tradición militar (su padre, abuelo y bisabuelo fueron oficiales del ejército ruso), formado en la estela de su mentor Prokhanov en el Instituto de Aviación de Moscú, Dugin profesó siempre un militarismo intelectual y político, más allá de lo meramente biográfico o gestual de su estilo político, fotografiándose armado con AK-47 Kaláshnikov o lanza misiles portátil en diversas ocasiones en la frontera del Donbas, o bien llamando en las redes a “matar, matar ucranianos”. Por el contrario, estamos ante un elemento sustancial de su pensamiento nacionalista, de su marco interpretativo fundamental (Cfr. Gráfico 2). Ya en los tiempos del nacional-bolchevismo con Limónov

(1997-1998), Dugin se hizo famoso entre los estudiantes de extrema derecha por sus embellecidas historias del sacrificio heroico de los kamikazes japoneses, el suicidio de Yukio Mishima, o la exótica secta de paramilitares creada en Mongolia por el barón Ungern von Sternberg (Carrère, 2011: 390). Pero, sobre todo, no debe olvidarse que Dugin cultivó y desarrolló una amplia influencia en los círculos militares de Moscú, publicando cientos de artículos en revistas militares y consiguiendo que su libro *Fundamentos de Geopolítica* (Dugin, 2023) se estudiara durante años en la academia militar (Allensworth, 2009: 105).

Su tradicionalismo nacionalista se prolonga en un innegable marchamo de violencia congénita de raíces fascistas: “Si eres un tradicionalista, debes cambiar el mundo-democracia, derechos humanos, liberalismo, materialismo, ideas y partidos igualitaristas- y borrarlo todo de la faz de la tierra. ¡Conquista o muere!” (Laruelle, 2017: 112). La síntesis entre un Estado totalitario y la exaltación de la violencia “revolucionaria”, la asunción de la idea de una naturaleza humana “orientada a la muerte”, constituye otro rasgo más de la ideología fascista que Dugin asume de modo reiterado. A este respecto, en su libro *Filosofía de la Guerra* pueden leerse frases elocuentes, que hablan por sí mismas: “La guerra renueva al Ser humano, y el precio a pagar por este gigantesco esfuerzo personal confirma su adhesión inquebrantable a la comunidad” (Laruelle, 2019: 111).

En *La Cuarta Teoría Política*, Vol. II, se extraen todas las consecuencias de ese “conservadurismo fundamental” que es el tradicionalismo trufado de fascismo: “Los conservadores raramente son pacifistas...prefieran la guerra, no la paz. Durante el transcurso entero de nuestra historia los rusos siempre hemos librado guerras...debemos considerarnos a nosotros mismos como guerreros, una pueblo-nación (*narod*) guerrero, un país guerrero, una Iglesia guerrera” (Dugin, 2017: 17)

El culto a la violencia, consecuencia inevitable de la teoría nacionalista imperial del eurasianismo, expansiva y totalitaria, la importación de la dialéctica antagonista amigo/enemigo de Schmitt y de *El Choque de Civilizaciones* de Huntington (autor que cita con profusión), se prolongaría en la práctica en la creación por parte de Dugin de la *Unión de Juventudes Eurasianistas* (2005) (Horvath, 2021:79), “los escuadrones de la revolución euroasiática” en sus propias palabras, en respuesta a la eclosión de las revoluciones naranjas y el Maidan. La *UJS* siempre consideró Ucrania como su campo de batalla principal, atacando instalaciones culturales y diplomáticas, realizando ciberataques a la web del presidente de Ucrania y llamando a la rebelión armada del pueblo ucraniano contra el gobierno de Kiev. Asimismo, bajo inspiración directa de Dugin, se celebraron campamentos paramilitares de verano en Crimea, Osetia y Georgia con cursos de formación eurasianista, religión ortodoxa y guerrilla urbana.

Respecto a Ucrania, ya a finales de los años 90, desde el Partido Nacional-bolchevique que codirigía con Limonov, Dugin sostenía un Neo-eurasianismo expansionista (por ejemplo, a través del proyecto *Nueva Rusia*) (Horwath, 2021: 254), sosteniendo abiertamente que Rusia debería anexionar *manu militari* todos los Estados post-soviéticos en los que la población rusa fuera ms del 50% de la población... previo referéndum apoyado desde Rusia: entre ellos Crimea y parte de Estonia. En su libro de aquellos años, *Fundamentos de Geopolítica*, ya mencionado, sentenciaba que “Ucrania como Estado “carece de sentido”, que “la continuidad de la existencia de Ucrania es inadmisibile y su territorio debe ser dividido correspondiendo a sus diversas realidades étnico-culturales” (Dugin, 2023: 265). A su juicio, como ya vimos, mientras Ucrania Occidental pertenece a *Mitteleuropa*, la parte central, Crimea y el este del Dniéper son partes escindidas del Imperio Ruso por su cultura, lengua y religión, que deben ser recuperadas mediante anexión armada, apoyada por guerrillas locales pertrechadas por Rusia. Por las mismas razones, Rusia debería invadir militarmente Georgia. A partir de *La Cuarta Teoría Política*, su posición respecto a Ucrania se radicaliza aún más, si cabe, al considerarla no solamente un Estado “artificial”, sino un enemigo geoestratégico atlantista en territorio ruso histórico, un “Estado útere” que necesita ser desmantelado mediante medidas no abiertamente militares... solo en la medida de lo posible. Con posterioridad a 2014, tras las revoluciones naranjas, Ucrania será considerada un Estado “neonazi”, en manos de la “junta neonazi de Kiev”, enemigo abierto de Rusia y genocida de las poblaciones rusas del este de su territorio. Este análisis habilitaría iniciativas de “*hybrid warfare*”, insurreccionales y de guerra civil incentivada como preludeo a la anexión. Por último, Dugin procedió a reclamar públicamente medidas militares, inicialmente encubiertas (“despliegue de fuerzas rusas pacificadoras” en la zona) pero que ya, a partir de 2020, deberían implicar la guerra abierta y la invasión por parte del Ejército Ruso de Ucrania, en su totalidad territorial y al margen del Derecho Internacional. El nacionalismo tradicionalista e imperialista de Dugin, resuena con toda su fuerza en las recientes palabras de Putin: “Para Occidente, lo que ocurre en Ucrania se trata solo de mejorar su posición táctica. Pero para los rusos, es nuestro Destino, una cuestión de vida o muerte” (Putin 2024).

5. Bibliografía

- Antón, J. (2001). “Julius Evola (1898-1974) Ideólogo de la anti-modernidad” en Máiz, R. (ed.), *Teorías Políticas Contemporáneas* (1ª edición). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Bassin, M. (2016). *The Gumilev Mystique. Biopolitics, Eurasianism, and the Construction of Community in Modern Russia*. Ithaca: Cornell U. Press.
- Bassin, M., Glebov, S., Laruelle, M. (eds.) (2015). *Between Europe and Russia. The Origins, Theories, and Legacies of Russian Eurasianism*. Pittsburgh: Pittsburgh U. Press.
- Bassin, M., Suslov, M. (eds.) (2016), *Eurasia 2.0. Russian Geopolitics in the Age of New Media*. Lanham: Rowman.
- Bassin, M., Pozo, G. (eds.) (2017). *The Politics of Eurasianism*. Lanhan: Rowman.
- Belton, C. (2021). *Putin's People*. London: Collins.
- Benoist, A., Dugin, A. (2014). *Eurasia, Vladimir Putin e la Grande Política*. Roma: Controcorrente.
- Boutin, Ch. (1992). *Politique et Tradition. Julius Evola dans le Siècle*. Paris : Kimé.
- Carrère, E. (2011). *Limonov*. Paris: P.O.L.
- Clover, Ch. (2016). *Black Wind, White Snow. Russia's New Nationalism*. New Haven: Yale U. Press.
- Dunlop, J. (1983). *The Faces of Contemporary Russian Nationalism*. Princeton: Princeton U. Press.
- Dugin, A. (2011). *Putin vs. Putin*. London: Arktos.
- Dugin, A. (2012). *The Fourth Political Theory* London: Arktos. (2015) *La Cuarta Teoría Política*. Tarragona: Fides.
- Dugin, A. (2015). *Last War of The World-Island*. London: Arktos.
- Dugin, A. (2016). *Geopolítica del Mundo Multipolar*. Tarragona: Fides.
- Dugin, A. (2016). *Proyecto Eurasia*. Hipérbola Janus.
- Dugin, A. (2017). *The Rise of The Fourth Political Theory. The Fourth Political Theory, Vol. II*. London: Arktos.
- Dugin, A. (2019). *Ethnosociology*. London: Arktos.
- Dugin, A. (2021). *The Theory of Multipolar World*. London: Arktos.
- Dugin, A. (2021). *The Great Awakening vs The Great Reset*. London: Arktos.
- Dugin, A. (2023). *Fundamentos de Geopolítica*. Tarragona: Fides.
- Empoli, G. (2022). *Le Mage du Kremlin*. Paris: Gallimard.
- Faye, E. (2005). *Heidegger, l'introduction du nazisme dans la philosophie*. Paris: Albin Michel.
- Figes, O. (2021). *Natasha's Dance. A cultural History of Russia*. London: Penguin.
- Furlong, P. (2011). *Social and Political Thought of Julius Evola*. New York: Routledge.
- Horvath, R. (2021). *Putin's Fascists. Russkii Obraz and the Politics of Managed Nationalism in Russia*. New York: Routledge.

- Kuzio, T. (2017). *Putin's War against Ukraine. Revolution, Nationalism, and Crime*. Toronto: Toronto U. Press.
- Kuzio, T. (2022). *Russian Nationalism and The Russian-Ukrainian War*. New York: Routledge.
- Kuzio, T. (2023). "Imperial Nationalism as the driver behind Russia's invasion of Ukraine", *Nations and Nationalism*, 29, 30-39.
- Laruelle, E. (1999). *L'idéologie eurasiste russe ou comment penser l'empire* Paris: L'Harmattan.
- Laruelle, M. (ed.) (2007). *Le Rouge et le Noir. Extrême Droite et nationalisme en Russie*. Paris: CNRS.
- Laruelle, M. (2008). *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire*. Baltimore: John Hopkins U. Press.
- Laruelle, M. (2009). *In the name of the Nation. Nationalism and Politics in Contemporary Russia*. New York: Palgrave.
- Laruelle, M. (ed.) (2009). *Russian Nationalism and the National Reassertion of Russia*. New York: Routledge.
- Laruelle, M. (2015). *Eurasianism and The European far Right*. London: Lexington.
- Laruelle, M. (ed.) (2018). *Entangle Far Rights. A Russian-European Intellectual Romance in the Twentieth Century*. Pittsburgh: Pittsburgh U. Press.
- Laruelle, M. (2019). *Russian nationalism*. London: Routledge.
- Laruelle, M. (2021). *Is Russia fascist?*. Ithaca: Cornell U. Press.
- Máiz, R. (2003). "Framing the Nation". *Journal of Political Ideologies*, 8, 3, 251-269
- Máiz, R. (2011). "El drama ontológico del Imperio. La tensión modernidad/postmodernidad en la obra de Antonio Negri", *Sémata* 23: 21-45.
- Máiz, R. (2022). *Nacionalismo y Federalismo*. Madrid: Akal
- Malinova, O. (2020). "Nation and Civilization as templates for Russian Identity construction" en Mjör, K. y Turona, S. *Russian as Civilization*. New York: Routledge, 27-47.
- McAdams, A.J., Castrillo, A. (2022). *Contemporary Far-Right Thinkers and the Future of Liberal Democracy*. New York: Routledge.
- Millerman, M. (2020). *Beginning with Heidegger, Strauss, Rorty, Derrida, Duguin and the Philosophical Constitution of the Political*. London: Arktos.
- Mutti, C. (2014). *Democracia y Talasocracia*. Hipérbola Janus.
- Putin (2021) (2022). <http://en.kremlin.rus/events/president/news>.
- Savin, L. (2015). *Cibergeopolítica. Organizaciones y Alma Rusa*. Hipérbola Janus.
- Sedgwick, M. (2004). *Against the Modern World*. New York: Oxford U. Press.
- Sheinfeld, S. D. (2000). *Russian Fascism*. New York: Sharpe.
- Shekhovtsov, A. (2008). "The Palingenetic Thrust of Russian Neo- Eurasianism. Ideas of Rebirth in Aleksandr Dugin Worldview". *Totalitarian Movements and Political Religions*, 9, 4, 491-596.

Shekhovtsov, A. (2009). "Aleksandr Dugin's Neo-Eurasianism: The New Right à la Russe". *Religion Compass*, 3/4, 697-716.

Shekhovtsov, A. (2015). "Aleksandr Dugin's Trajectory. Mediating European Far Right to Russia" en Laruelle, M. (2015), *Eurasianism and The European Far Right*, op. cit., pp. 35-54.

Shekhovtsov, A. (2018). *Russia and the Western Far Right*. London: Routledge.

Shekhovtsov, A. y Umland, A. (2009). "Is Aleksandr Dugin a Traditionalist? Neo-Eurasianism and Perennial Philosophy". *The Russian Review* 68, 662-678.

Umland, A. (2010). "Aleksandr Dugin's transformation from a lunatic figure into a mainstream political publicist: a case study in the rise of late post-soviet fascism". *Journal of Eurasian Studies* 1, 144-152.

Veiga, F. et al. (2019). *Patriotas Indignados*. Madrid: Alianza.

Gráfico 1. A. Dugin: Vectores Discurso (Elaboración R.M.)

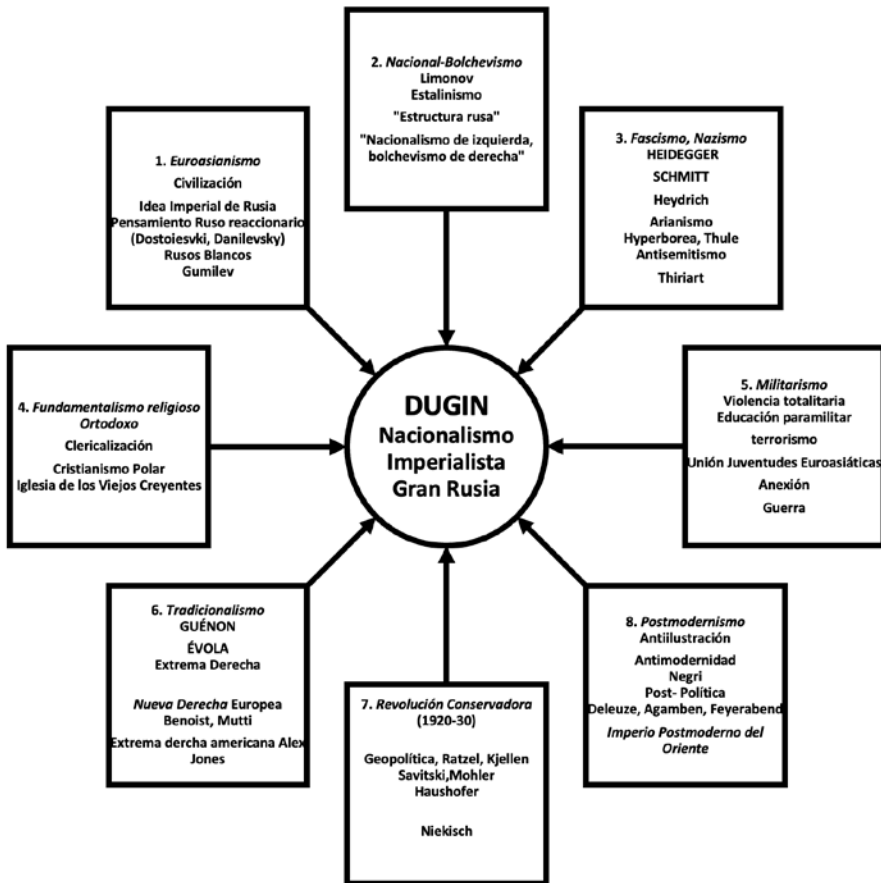


Gráfico 2: Master Frame

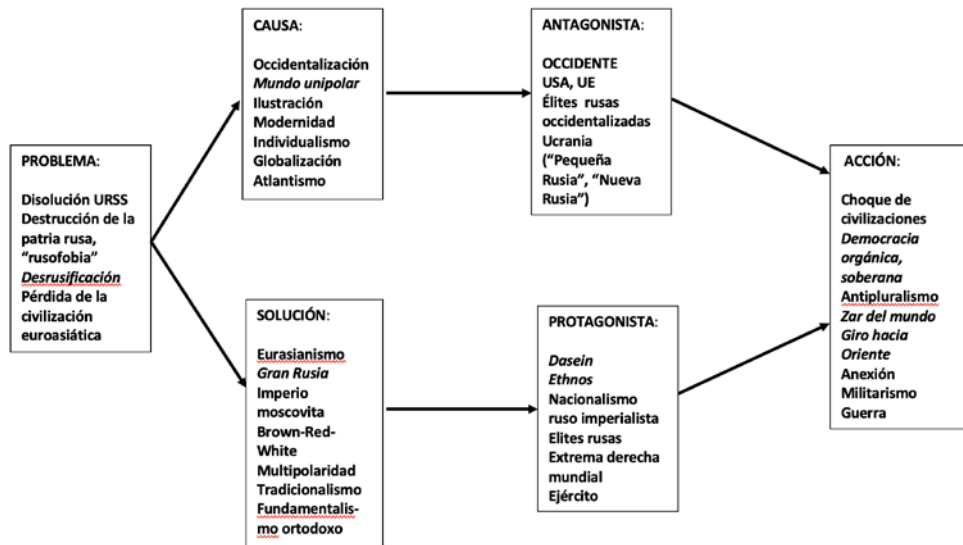


Tabla 1. Aleksandr Dugin. Dicotomías Semántico-Conceptuales

ALEKSANDR DUGIN	
1. OCCIDENTE, lunar	1. ORIENTE, solar
2. MAR, HEARTLAND, FLUIDO, LIQUIDEZ Desenraizamiento <i>Nave</i>	2. TIERRA, WORLD ISLAND, SOLIDEZ, PERMANENCIA, raíces <i>Casa</i>
3. TALASOCRACIA	3. TELUROCRACIA, GEOPOLÍTICA
4. ATLANTISMO (UE, USA, OTAN), AMERICANISMO, GLOBALIZACIÓN, MUNDO UNIPOLAR, <i>Imperio del Mal</i> Conspiración rusófoba	4. EUROASIANISMO. GRAN RUSIA GRANDES ESPACIOS, MULTIPOLARIDAD Pacto Molotov-Ribbentrop 1939 ANTIGLOBALISMO UNIVERSAL INTEGRACIÓN DEL ESPACIO POSTSOVIÉTICO
5. TIEMPO, TRANSITORIO, <i>great reset</i>	5. ESPACIO, SER, <i>Great Awakening</i>
6. CAMBIO	6. CONTINUIDAD ESENCIAL, <i>Eterno retorno</i> <i>Sonderweg</i>
7. MODERNIDAD, ILUSTRACIÓN, PROGRESO TÉCNICO, RACIONALISMO, ATEÍSMO	7. TRADICIÓN TOTAL, CONSERVADURISMO FUNDAMENTAL, RELIGIÓN, TEOLOGÍA MISION ECUMÉNICA DE LA IGLESIA ORTODOXA EDUCACION TRADICIONALISTA

8. NUEVO, DECADENCIA, DECLIVE, DEGRADACIÓN, FINAL, ENTROPÍA EXTREMA	8. ANTIGUO ETERNIDAD, <i>Ereignis</i> , <i>Inicio absoluto</i>
9. CIUDAD, ARTIFICIO, CORRUPCION, PERVERSION, PERDIDA RAICES.	9. CAMPO, NATURALEZA, EXODO DE LAS GRANDES CIUDADES, FAMILIA TRADICIONAL, RETORNO AL ORIGEN <i>TIERRA COMO ACCESO AL SER</i>
10. MATERIALISMO, EGOÍSMO, EXPLOTACIÓN, COMPETITIVIDAD, CONSUMISMO, RELIGIÓN DEL DINERO	10. ESPIRITUALISMO, <i>Angelopoliteia</i> <i>Misión civilizatoria de Rusia</i> <i>CIVILIZACIÓN HEROICA</i> ECOLOGÍA PROFUNDA
11. INDIVIDUALISMO <i>Homo Oeconomicus</i>	11. COMUNITARISMO, COLECTIVISMO, TOTALIDAD HOLÍSTICA
12. MECANICISMO, Máquina DEMOCRACIA BURGUESA	12. ORGANICISMO, <i>Demotia</i> , <i>DEMOCRACIA ORGÁNICA</i> , <i>Democracia soberana</i> (Surkov) ESTADO FUERTE (<i>sistema</i>) DISCIPLINA ABSOLUTA, TERROR NUEVA POLICÍA POLÍTICA (<i>oprichnina</i>)
13. PUEBLO, NACIÓN, CIUDADANÍA, LIBERTADES	13. <i>Ethnos</i> , <i>CIVILIZACIÓN</i> , COMUNIDAD DE DESTINO, <i>Ente metafísico</i> CIUDADANO RESPONSABLE ANTE EL <i>ETHNOS</i> CONFESIONAL, MÍSTICA DE LA NACIÓN, SACRALIDAD SUPREMA, PATRIA ABSOLUTA, NACIÓN-IMPERIO
14. INDIVIDUO, CLASE, RAZA, <i>das Man</i> RACISMO ATLANTISTA Dominio de la técnica, <i>Gestell</i> , Nihilismo	14. <i>Dasein</i> , la pregunta por el ser y la nada Andrógino radical, <i>HOMO MAXIMUS</i>
15. PERDIDA DE FUNDAMENTOS	15. JERARQUÍA, MESIANISMO
16. DEMOCRACIA, LIBERTAD DE EXPRESIÓN FEDERALISMO	16. IDEOCRACIA, ZARISMO, SOCIEDAD MOVILIZADA, NACIONALISMO DE IZQUIERDAS, BOLCHEVISMO DE DERECHAS ANTIFEDERALISMO, ABOLICIÓN REPÚBLICAS
17. DISOLUCIÓN	17. ORDEN, CAOS SALVADOR,
18. LIBERALISMO, COMUNISMO, FASCISMO	18. IV TEORÍA POLÍTICA
19. ESTADO DE DERECHO. LEY. DERECHOS HUMANOS, Feminismo <i>Marxismo cultural</i> DERECHOS LGTBIQ+ Cultura de la cancelación, corrección política	19. ZAR DEL MUNDO. VERDAD SUPERHOMBRE, GOBIERNO DIRECTO DEL NO-PERSONA, <i>Princeps Nostrum</i> PUTIN AGLUTINADOR DE LA GRAN RUSIA

20. PROFANO	20. SAGRADO, <i>MISIÓN PROVIDENCIAL</i>
21. CATOLICISMO, PROTESTANTISMO	21. ORTODOXIA, TEOLOGÍA RADICAL VIEJOS CREYENTES
22. MAL ABSOLUTO, DEMONIO, ANTICRISTO	22. BIEN, ÁNGEL PÚRPURA DE LA NACIÓN, DIOS, <i>katechon</i>
23. ESTADO NACIONAL. DIVISIÓN DE PODERES. Partidos políticos, Parlamento. <i>LEVIATHAN</i>	23. IMPERIO MOSCOVITA CONTINENTAL (territorio, ethnos, religión), <i>Federalismo eurasiánista</i> , CENTRO ESTRATÉGICO ÚNICO, <i>BEHEMOTH</i>
24. RAZA BIOLÓGICA	24. ALMA, ESPÍRITU,
25. SEMITAS	25. ARIOS
26. PRINCIPIO FEMENINO, MADRE <i>Ginecocracia</i> Castración	26. PRINCIPIO MASCULINO, PADRE, VIRILIDAD HEROICA, PATERNALISMO ASCETISMO, SACRIFICIO, HONOR
27. PAZ, <i>inimicus</i> , GUERRA FRÍA OTAN, <i>Enemigo ontológico</i>	27. GUERRA CALIENTE, <i>hostis</i> , POTENCIAL NUCLEAR, <i>MOSCÚ: TERCERA ROMA</i>
28. CAPITAL	28. TRABAJO
29. POPULISMO, MASAS	29. MINORÍA ELEGIDA, HIPER-ELITISMO
30. UCRANIA, ARTIFICIO, conspiración	30. NUEVA RUSIA, PEQUEÑA RUSIA, RUSIA DE KIEV, FRONTERAS VIVIENTES

Fuente: elaboración propia, R.M.

RAMÓN MÁIZ

Catedrático emérito de Ciencia Política en la Universidad de Santiago de Compostela. Ha publicado recientemente en revistas como *Regional and Federal Studies*, *Nationalism and Ethnic Politics*, *Journal of Political Ideologies*, *Studies in Ethnicity and Nationalism*, *Araucaria*, *Nations and Nationalism* y *Revista Española de Ciencia Política*. Entre sus últimos libros: *Ethnicisme et Politique* (con Jean Tournon) L'Harmattan: Paris, 2010; *The Inner Frontier* Frankfurt: Peter Lang, 2013; R. Máiz Prólogo, traducción y notas Madison et al. *EL Federalista* Madrid: Akal, 2015. *Nacionalismo y Federalismo* Madrid: Siglo XXI, 2020. E, Sieyès *Escritos de la Revolución de 1789* Madrid: Akal, 2020. R. Máiz Prólogo, traducción y notas; R. Máiz, Prólogo, traducción y notas a *K. Marx. O Manifiesto Comunista e outros escritos políticos* USC: BBVA, 2021.

Es miembro de la directiva del *Committee on Ethnicity and Politics* de la *International Political Science Association*, del Comité Académico del *Centro de Filosofia de la Universidade de Lisboa* (CFUL), y de los Consejos editoriales de *Diversitas* (Peter Lang), “Clásicos” del CIS y “Estudios políticos” del CEPSCO. Pertenece al comité internacional de redacción de las revistas: *Nationalism and Ethnic Politics*, *Pôle Sud*, *Araucaria* y *Nations and Nationalism*.